

Y las de septiembre y diciembre fueron observadas por providencias de la Contraloría números 530 de 31 de octubre de 1923 y 198 de 1.º de febrero de 1924. El responsable dio respuestas satisfactorias a las glosas hechas y envió las estampillas de sanidad que se le pidieron.

En mérito de lo expuesto se resuelve fenecer las cuentas de que se trata sin cargo alguno contra su responsable doctor Roberto Cortázar.

Hágase saber.

Por el Contralor,

JENARO GUERRERO,

Subjefe de la auditoria de liquidación de cuentas anteriores a 1924.

El secretario ad-hoc,

Hernán Gutiérrez Pardo

SEMANA SANTA

La liturgia católica encierra el más profundo simbolismo, la más elevada poesía. No pocos hombres nacidos y educados en falsas religiones se han convertido a la verdadera fe, sólo en presencia de la majestad y hermosura de las ceremonias de la Iglesia.

Estas condiciones llegan al ápice en los oficios de la semana santa. Quien los sigue atenta y piadosamente experimenta todos los afectos que caben en el alma humana: el calofrío de lo sublime, la blanda emoción de la ternura, los vaivenes entre el terror y la esperanza. Cuesta trabajo persuadirse úno de que esos días son como los demás; y siempre imagina que han sido traídos de otra edad, de otro mundo, e incrustados en la marcha regular del tiempo. El cristiano deja de vivir en el siglo XX, en el hemisferio opuesto al de Palestina, en la cresta empinada de las Andes, y mora en Jerusalén en el reinado de Tiberio.

Forma parte del cortejo que recibe a Jesús en la ciudad santa, asiste a los misterios inefables de la cena, contempla al Señor sudando sangre, a fuerza del temor, el tedio y la tristeza; se espanta ante el aspecto de Judas, ahorcado de un árbol; acompaña al Redentor en las lúgubres escenas del pretorio y la vía dolorosa; lo entrevé en la cruz al través del eclipse de sol el día de plenilunio; lo adivina amortajado en el sepulcro; lo adora vestido de luz y decoro, la mañana de la resurrección.

Oye el silbar del viento entre los olivos de Getsemani, escucha las postreras instrucciones y los supremos adioses de Jesús; los alaridos del populacho ante el palacio del gobernador romano; el llanto de las mujeres que suben al Calvario, las blasfemias de los escribas y fariseos, las últimas palabras del maestro, el grito que lanzó al expirar.

La Iglesia hace colaborar en los oficios de semana santa a los más altos ingenios, a los corazones más encendidos: a David, el lírico por excelencia; al sublime Isaías que ocho siglos antes de Cristo, lo describe con detalles que callaron los evangelistas; a Jeremías, el mayor poeta elegíaco del mundo, si no se hubiera escrito el libro de Job; a Juan, el apóstol del Verbo; a Pablo y Agustín, cuyos nombres son su elogio más cumplido. Alternando con los salmos y las lecciones, se hallan los himnos medioevales de Fortunato, preferidos por el racionalista Rémy de Gourmont a las odas limadas y relamidas de los grandes clásicos latinos. Todo ello va acompañado del canto eclesiástico, perfeccionado por san Gregorio el Grande, restituído a su pristina pureza por Pío X. Hoy se enseña el canto llano en los conservatorios europeos, como uno de los fundamentos, y una de las más valiosas producciones del arte musical, y en las melodías gregorianas bebieron su inspiración Palestrina y Perosi.

Empieza la semana santa por el domingo de ramos. El Eterno Padre, que había constituido a su hijo rey sobre Sión, dádole las naciones por herencia y en posesión los linderos de la tierra, determinó concederle antes de la pasión los honores del triunfo, y que el pueblo de Israel lo reconociese, siquiera por breves horas, como a soberano, como al prometido Mesías. Jesús, que había venido a salvar al mundo por la humildad, quiso que esta virtud acompañara también a la apoteosis, y entró caballero en una asna, con sus ordinarios vestidos, con semblante modesto y sereno.

La multitud inmensa, ebria de entusiasmo, alfombraba con los mantos el camino, llevaba en las manos ramos de palmera y de olivo y clamaba: Hosanna al Hijo de David! bendito el que ha venido en nombre del Señor! hosanna en las alturas! Y ese mismo pueblo era el que iba a gritar unos días después, ante el balcón de Pilato: Quítalo! crucifícalo! Así es el mundo. Se complace en elevar a un hombre para darse el gusto de verlo caer desde más alto. Sólo que el triunfo de Cristo perdura al través de las edades; lo que semejó caída fue su exaltación; y la cruz es el trono desde donde empezó a imperar sobre todas las criaturas, que tienen hoy o mañana, de doblar la rodilla al nombre de Jesús, en la tierra, en el cielo o en los infiernos.

Los conquistadores terrenos, para perpetuar la memoria de sus hazañas, levantaron arcos de mármol y granito, y ya muchos de ellos se rindieron a su gran pesadumbre, como dijo el poeta. En el homenaje a Jesucristo no hubo sino ramas de árboles, pero ramas que no mueren, sino que reverdecen cada año, no sólo en la vía de Betfagé a Jerusalén, sino en todas las comarcas del globo.

Empieza el oficio del domingo por la bendición de los ramos. Las oraciones de la Iglesia les comunican virtud

para defender los hogares de los males extraordinarios que son especial castigo del pecado. En las casas cristianas se conservan en sitio visible y decoroso; los piadosos campesinos los enarbolan en mitad de sus labranzas, como protesta de fe, como súplica al Señor que es dueño de la lluvia y la sequía, del rocío y la escarcha.

Terminada la bendición, el clero y los fieles salen en procesión, llevando las palmas bendecidas en las manos, y en tanto que el coro repite el triunfador hosanna. Cuando regresan, hallan cerradas las puertas de la iglesia, como lo estaban las del cielo, después de la culpa original. Empieza entonces un bellissimo diálogo entre unos cantores que se hallan dentro del recinto sagrado y otros que se encuentran de fuera. Son los ángeles, compañeros de Jesucristo, que excitan a sus hermanos, los guardianes del paraíso, a que le abran al Rey de la gloria, acompañado de las almas redimidas con su preciosa sangre. Vacilan los porteros celestes, hasta que el subdiácono golpea tres veces, con el ástil de la cruz, la puerta que se pone de par en par, y deja que penetren los cristianos al fondo del santuario, donde va a descender sacramentado el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

El domingo y los días martes, miércoles y viernes, se canta en la misa la pasión, según los cuatro evangelistas. Forman los evangelios un libro único en su especie, son una narración brevísima, sencilla e ingenua hasta donde cabe imaginarlo, sin adornos literarios, ni descripciones de personas y lugares; sin cosa alguna que satisfaga la curiosidad; sin comentarios ni epitetos.

«Y tomó Pilato a Jesús y lo hizo flagelar.

«Y los soldados tejieron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza, y una caña en la mano derecha, y pasaban ante él, doblando la rodilla y diciendo: salve, rey de los judíos.

«Y Jesús, con la cruz a cuestas, llegó al lugar del Calvario, donde lo crucificaron.

«Y Jesús, dando una gran voz, expiró.»

Un lector desprevenido no podría adivinar si el evangelio fue escrito por discípulos o por adversarios del Maestro. Decimos «un lector desprevenido,» porque el que observe y medite sabe que los amigos de Jesús podemos, en un momento dado, dejar de manifestarle nuestro amor; al paso que sus enemigos no logran nunca disimular el odio que le profesan. Y ésta es una de las pruebas de la divinidad de Cristo. A un puro hombre, muerto hace dos mil años, no se le aborrece ni combate.

Y aquel libro, que parece dictado por un niño, ha dado materia de estudio, por largos años, a los mayores genios del linaje humano, desde san Agustín hasta Bossuet; y aquel relato descarnado ha producido todos los heroísmos: el de la virginidad, el de la humillación, el de la pobreza voluntaria, el del martirio. Porque el evangelio es obra de Dios, que creó el mundo de la nada y sacó el cuerpo de Adán de un puñado de polvo.

El miércoles, el jueves y el viernes santos, se canta por la noche el oficio llamado de tinieblas. Son los maitines y laudes que los sacerdotes rezamos por deber todos los días. En estos de que venimos hablando, los salmos son vívidas profecías de la pasión del Salvador; las lecciones del segundo nocturno son de san Agustín; las del tercero, de la epístola de san Pablo a los hebreos. En el primer nocturno, las lamentaciones de Jeremías profeta, expresión incomparable del dolor de un santo, enamorado de su patria, al ver la religión empañada, el culto público prohibido, desaparecida la nacionalidad y los habitantes conducidos en cautiverio a extrañas y remotísimas comarcas. El que oiga con indiferencia estos trenos tiene atrofiado el corazón.

Colócase en el presbiterio un gran candelero triangular con quince ceras encendidas. Al final de cada salmo se apaga una de las luces, como fueron huyendo y ocultándose, durante la pasión, los amigos y discípulos de Cristo. Cuando el oficio termina, queda sólo el cirio central, que representa al Salvador. Un clérigo lo baja de su sitio y lo oculta debajo del altar, símbolo del sepulcro. El clero y los fieles se postran de rodillas y se canta solemnemente el miserere. Reaparece la candela encendida, figura del Señor resucitado; y se hace un ruido sobre los bancos del coro, en memoria del terremoto que acompañó la salida de Jesucristo de su tumba.

Jueves santo! Día que evoca, para los que tuvimos la dicha de haber sido cristianamente educados, los aromáticos recuerdos de la infancia, la dulce memoria de los padres y hermanos que se ausentaron de nosotros para siempre. Jueves santo! Aniversario de la oración del huerto, de la traición de Judas y la negación de san Pedro, del juicio irregular y la inicua sentencia en casa de Caifás, de las bofetadas en el adorable rostro del Señor. Mas, ante todo, éste es el día en que se instituyó el santísimo sacramento del altar.

Los protestantes y racionalistas no quieren creer en el misterio de la eucaristía, y a imitación de los hebreos, preguntan: ¿Cómo puede este hombre darnos a comer su carne? No recuerdan que el amor intenso realiza las acciones más increíbles y que semejan locuras; que las madres, con su carne y con su sangre nutren a sus hijos; que la eucaristía es la obra suprema del amor infinito, y que la ternura maternal es apenas una chispa de la hoguera que arde en el sacro corazón de Jesucristo.

Había tomado la Iglesia, de muchas semanas atrás, en el oficio y misa del tiempo, los paramentos morados, había suprimido los himnos y cánticos de gozo e im-

puesto silencio a la música sagrada. El jueves santo, se reviste de suntuosos ornamentos blancos, bordados de oro, ordena el celebrante entonar el *gloria in excelsis*, que terminan los chantres, acompañados del órgano, del repique de los bronces, del tintín de las campanillas del altar. Mas van a comenzar los padecimientos del Señor, y por tal razón enmudecen, concluido el gloria, aquellas voces regocijadas, hasta el tercero día en que tornan a resonar con el aleluya de la Pascua.

Ningún cristiano medianamente fervoroso deja de comulgar el jueves santo. Llegan al alma las palabras de Cristo: «tomad y comed *todos*, porque éste es mi cuerpo.»

En la misa, se consagran dos hostias grandes: una para consumir el sacrificio, la otra para reservarla y proponerla a la adoración de los fieles en el monumento, altar profusamente adornado de flores y luces y, acá en nuestra tierra, también de frutas sazonadas. Líevase esta hostia, dentro de un cáliz, en solemne procesión, y se pone en el tabernáculo, que tiene la forma de una arca y es figura de la tumba del Redentor. Visitar los monumentos es uno de los actos más meritorios de la piedad cristiana. En toda época, miles de creyentes, a veces arrojando grandes fatigas y peligros, han peregrinado a Jerusalén para ver el sepulcro vacío del Salvador, postrarse ante él, regarle con lágrimas copiosas.

Y en el sacramento, está Jesús, vivo y verdadero, inmóvil como en la sepultura, envuelto, no en la sábana santa, sino en las candidas especies eucarísticas.

Por la tarde, el romano pontífice en la Sixtina, los monarcas católicos en sus reales capillas, los obispos en sus catedrales, los párrocos en sus iglesias, deponiendo toda insignia de grandeza, ceñidos de una toalla, lavan de rodillas los pies a doce pobres, se los enjugan, se los besan con respeto. Lo que hizo Cristo con los

apóstoles la noche de la cena. El socialismo pretende, sin lograrlo, igualar las clases de los hombres, despertando en los pobres y desvalidos el orgullo y la envidia; la Iglesia católica lo consigue, infundiendo a los ricos y poderosos la humildad y el amor.

El viernes santo es el único día en que no se celebra el incruento sacrificio; en que Jesucristo, Señor nuestro, no desciende del cielo a las manos consagradas de sus sacerdotes; en que se ausenta de nuestros altares, como se ausentó de este mundo su alma santísima en el instante de la muerte. Difiere profundamente el oficio de todos los demás del año. El celebrante y los diáconos, revestidos de negro, se presentan en el presbiterio y, sin una palabra, se prosternan con el rostro en tierra, y allí permanecen en tanto que los acólitos extienden una sola sabanilla sobre el altar. Léense algunos pasajes proféticos del antiguo testamento, y se canta la pasión según san Juan, el evangelista de la caridad, el único de los discípulos que fue testigo presencial del drama del Calvario y mereció recibir por suya a la inmaculada Madre de Cristo.

Viene en seguida una serie de fervorosas oraciones, que cobijan bajo el manto de la clemencia divina el universo entero. Se ruega por la Iglesia universal, por el pontífice supremo, los distintos grados de la jerarquía eclesiástica, los catecúmenos preparados para recibir el bautismo. Pídesese por los herejes, cismáticos y paganos y, al acento de la primera palabra de Jesús: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen,» se implora también misericordia para los pérfidos judíos.

El sacerdote toma en sus manos la cruz, que ha estado oculta por un velo desde el domingo de pasión y, descubriéndola por partes, exclama: «He aquí el leño de la cruz, en que estuvo pendiente el Salvador del mundo»; y el coro responde: «Venid, adorémoslo.» De-

pone el preste la casulla, se descalza los pies y adora con reverencia el sagrado madero, que había tendido previamente sobre un almohadón de color violado. Sigue el clero por su orden y después los fieles, sin distinción de edades, condiciones ni virtudes. «Cuando yo sea exaltado de la tierra, había dicho el Salvador, atraeré hacia mí todas las cosas.»

Durante la adoración de la cruz, se cantan los *improperios*, quejas ternísimas de Jesús a su pueblo.

«Pueblo mío, ¿qué te hice o en qué te contristé? Respóndeme! Por ti descargué mi azote sobre Egipto y sus primogénitos, y tú, después de azotarme, me entregaste a la muerte.»

Y sigue recordando los favores de Dios a Israel y las ingratitudes de Israel para con Dios. A cada lamento del Redentor, la Iglesia, como enloquecida de dolor, grita: «Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal, ten misericordia de nosotros»; y no le basta un solo idioma para desahogar su angustia y repite la invocación en lengua griega: *Agios o Theos, Agios ischyros, Agios athanatos, eleison imas.*

Terminada la adoración de la cruz, el sacerdote trae, en procesión, del monumento la sacra forma consagrada la vispera y, omitiendo casi todas las preces y ceremonias de la misa, canta el padrenuestro y la hermosa oración que sigue, comulga con la hostia, y calladamente se retira del altar... Esta actitud, aquel silencio son más elocuentes que la palabra más sublime. El alma siente que el amadisimo Jesús ha muerto.

Mas Jesús resucitará al tercer día.

La vigilia de pascua se santificaba, en los primeros siglos cristianos, la noche que media entre el sábado santo y el domingo y, como en la solemnidad se bautizaban numerosos catecúmenos, no venía a terminar sino ya cerca de la aurora. Posteriormente por consi-

deración a los fieles, la Iglesia anticipó sus oficios y dispuso celebrarlos en las horas de la mañana.

Se principia por apagar las luces del santuario, antes de bendecir en la puerta de la nave principal, el fuego nuevo que brillará en las lámparas y cirios y convertirá en perfume deleitoso los místicos granos del incienso. Esta ceremonia tiene un hondísimo sentido. La resurrección del Salvador partió la historia de la humanidad en dos éras inconfundibles: atrás, el panteísmo gentilico, con formas politeístas, adorador de la naturaleza en todas sus manifestaciones, religión de la fuerza y la conquista, de la soberbia, la sensualidad y la codicia; delante el monoteísmo cristiano, adorador de un Dios crucificado, religión de amor y clemencia, de humildad, mortificación y desprendimiento voluntario. Apáguese el ardor de las pasiones indómitas, brote la luz de la verdad, el calor de la caridad divina. *Recedant vetera*, como dice santo Tomás en uno de sus himnos inmortales, *nova sint omnia*.

Con el fuego nuevo se enciende el cirio pascual, elevado delante del altar y que es figura de Cristo. Por eso se incrustan en él cinco granos de incienso, que simbolizan aquellas sacratísimas llagas, manantiales de la salud del mundo. Cabe al diácono, vestido de blanca dalmática, la honra de bendecir el cirio, por medio de una preconización—así se llama—cuyas palabras y el canto que las expresa son obras de arte incomparables. Allí es donde la Iglesia se atreve a exclamar enajenada: «Oh pecado de Adán ciertamente necesario, que fue borrado con la sangre de Cristo! Oh feliz culpa, que mereció tal y tan grande Redentor!»

Viene en pos la lección de las profecías, pasajes del Antiguo Testamento, en que se vaticina o figura el sacramento de la regeneración. Baja luego el sacerdote a la bendición de la pila bautismal. Empieza por un

cántico de alabanza a la agua, en que recuerda las veces que Dios se ha servido de ella para cumplir las maravillas de su poder sin límites. La bendice, la consagra con el óleo y el crisma. Retornan todos al altar, cantando a dos coros las letanías mayores; revístense los ministros sagrados con ornamentos blancos; empieza la misa, con el *gloria in excelsis*, y al himno se le une la imponente trompetería del órgano, y se echan a vuelo las campanas.

Surrexit Dominus vere, alleluia, alleluia.

Mañana es día de pascua, la mayor de las fiestas cristianas; de ella derivan todas las demás su santidad y excelencia, porque la resurrección de Cristo es el fundamento de nuestra fe, motivo de nuestra esperanza, incentivo de la caridad.

R. M. CARRASQUILLA

LA MUERTE DE JUDAS

Quando el horror de su traición impía
Del falso apóstol obcecó la mente
Y, del árbol fatídico pendiente,
Con rudas contorsiones se mecía,

Complacido en su mísera agonía
Mirábalo el demonio frente a frente
Hasta que al fin, del término impaciente,
De entrambos pies con ímpetu le asía.

Mas ya que vio cesar del descompuesto
Rostro la agitación convulsa y fiera,
Señal segura de su fin funesto,

Con infernal sonrisa placentera
El labio puso en el deforme gesto
Y el beso le volvió que a Cristo diera.

JUAN NICASIO GALLEGO